



LA INFRACCIÓN COMO RESULTADO DE LA AUSENCIA DE BUEN TRATO A LOS MENORES

María Elena RODRÍGUEZ BORRAJO

Centro Alen. A Coruña

RESUMEN

La función reeducadora del educador social, encuadrada en el desarrollo de la Ley Orgánica 5/2000, reguladora de la responsabilidad penal de los menores, adquiere una perspectiva diferente a la luz de las aportaciones hechas desde el campo de la resiliencia. Identificar como un factor clave para el desarrollo resiliencia, la posibilidad de disponer de una relación adulta preocupada, coloca al educador social en un lugar privilegiado para el abordaje de la tarea con aquellos jóvenes que cometen delitos como recurso adaptativo ante situaciones de ausencia de buenos tratos. Y al mismo tiempo, hace recaer en los responsables de las políticas que enmarcan el trabajo con los menores delincuentes, la obligación de generar contextos que posibiliten la emergencia de resiliencia.

PALABRAS CLAVE: *Resiliencia, buenos tratos, responsabilidad penal de los menores, factores de riesgo, maltrato intrafamiliar.*

Comienzo esta exposición teniendo en mente a todos los educadores y educadoras sociales que deberán de desarrollar su tarea, al lado de los jóvenes que estén cumpliendo alguna medida por orden judicial, quisiera aportar elementos de reflexión que puedan ayudar a pensar acerca de la importantísima tarea que han de desempeñar.

Asumir trabajos que impliquen necesariamente estar al lado de alguien, exige reflexionar detenidamente sobre la naturaleza de la relación que se va a establecer: pensar acerca de sus condicionantes, acerca de su cometido y de sus límites, del contexto que la contiene y determina y por supuesto, y a ello

es a lo que se dedica esta exposición, acerca de los protagonistas de la relación.

La relación que se encomienda al educador en el contexto que nos ocupa, es una relación de carácter reeducativa, así queda definido por la **Ley Orgánica 5/2000, de 12 de enero, reguladora de la responsabilidad penal de los menores**, que incluye en su exposición de motivos que pretende ser: «una ley penal del menor y juvenil que contemple la exigencia de responsabilidad para los jóvenes infractores que no hayan alcanzado la mayoría de edad penal, fundamentada en principios orientados hacia la reeducación de los menores de edad infractores, en base a las circunstancias personales, familiares y sociales,...», esta relación ha de darse entre el profesional educador y el menor infractor, que pasan a ser los protagonistas de la misma.

No pretendo aquí, analizar qué significa e implica definir una relación como “reeducativa”, esto justificaría por sí mismo, una densa reflexión. Me centraré en aportar elementos de análisis acerca de los protagonistas de la relación.

El profesional educador y el niño/a infractor, se conocen “previamente” al momento en que uno se coloca frente al otro, y empiezan efectivamente a relacionarse.

Este saber previo, determinará de forma decisiva el modo en que se relacionen posteriormente.

El conocimiento mutuo, lo que uno sabe acerca del otro, aún antes de saber su nombre y apellidos, proviene de la generalización acerca del colectivo al que pertenece, e incluye matices generales (como su jerarquía en la sociedad, el poder que tiene, la libertad que maneja, etc.) pero también, puede

incluir aspectos muy definidos (como sus motivaciones, sus ideologías, sus grupos de pertenencia, etc.).

El chico que está obligado a cumplir una medida por orden judicial percibirá al educador que ha de acompañarlo, cuanto menos, como alguien impuesto, con mayor poder que él (al menos en el momento actual), ajeno a su grupo de pertenencia, y profesionalizado (obligado a relacionarse, me refiero al cuestionamiento de la existencia de implicación emocional real, que se da al existir remuneración por la relación). No parece un punto de partida demasiado fácil para generar una relación educativa, y sin embargo, ese será el encargo.

Por otra parte el educador, así mismo llegará a su trabajo cargado con conocimientos acerca del chico/a. Probablemente, y es lo deseable, su preconcepción estará mediado por los aportes teóricos que, en una u otra dirección, se le hayan presentado a lo largo de su formación académica, pero también y quizás de un modo más determinante, por teorías menos explícitas, derivadas de la ideología de la sociedad a la que pertenece, de su propia historia y del ideario del contexto más íntimo del que forma parte.

Nuestro propio posicionamiento ante la delincuencia juvenil, como la explicamos, a qué la atribuimos, si nos atemoriza o no, como resuena en nuestra propia historia, son elementos claves que a nuestro lado, actuarán en cada uno de nuestros turnos de trabajo.

Es por esto por lo que es necesario reflexionar, sacar a la luz y tomar conciencia de estos factores.

“ la persona tiene siempre la obligación (ética) de (tratar de) explicar (convertir en

¹ Teoría Mediata: Es la configurada por generalizaciones procedentes de fuentes no directas, básicamente de “informes” de personas o de libros) algo alejados, y a veces, muy alejados de las personas

explícita y primaria) cualquier teoría que sea (en gran parte) tácita y mediata o derivada¹ cuando haya razones para creer que la teoría la beneficia a ella o a su grupo con respecto a otras personas o grupos” (Gee, 2005, pág 34).

Efectivamente, es obligado preguntarnos acerca de las implicaciones de nuestros posicionamientos en relación a los menores infractores, que puedan afectar a nuestra relación con los chicos y a la efectividad del trabajo que con ellos hacemos.

En este “discurso interno” acerca del menor infractor, ocupará un lugar primordial el concepto que cada educador maneje acerca del origen de la delincuencia juvenil. La concepción de las causas de la delincuencia juvenil es especialmente vulnerable a la influencia por las diferentes corrientes ideológicas y por otro lado, afectará de manera trascendental al posicionamiento del educador en su tarea frente al menor infractor.

Qué lleva a un chico/a a delinquir: ¿ la necesidad, la falta de límites, el abuso de drogas. La enfermedad mental, el deseo de poseer ? ¿Cuáles son las motivaciones de los niños y niñas que delinquen? ¿En qué medida están determinados por factores que quedan dentro o fuera de su control?.

Es en este punto, en el que considero primordial que el educador contemple la ausencia de buenos tratos a la infancia

como un elemento clave de la génesis de la delincuencia juvenil.

Es también necesario advertir que, en modo alguno, se pretende establecer una relación directa entre la presencia de circunstancias de riesgo, como la ausencia del buen trato, y la comisión de delitos. Bien sabemos, que hay chicos y chicas que pese a estar expuestos a situaciones de riesgo, encuentran la manera de resistir estas experiencias sin cometer delitos. En materia de prevención social es un grave error considerar una probabilidad como una certeza, puesto que los la presencia de factores de riesgo no es siempre suficiente para explicar la externalización de la conducta. (Barbero, 2005).

Quisiera adelantarme a cualquier acusación de intentar restar responsabilidad ante el delito cometido, este asunto queda zanjado por la mera existencia de una sentencia judicial. No se trata de infantilizar al chico, o de generar hipótesis que cuestionen la libertad de obrar.

El educador, a diferencia del juez, necesita más que una atribución de culpabilidad, una teoría explicativa que le permita orientar su intervención.

Comenzaremos diciendo que si bien se concibe que el cuidado de los niños y niñas es fundamentalmente función familiar, es necesario contar con contextos sociales y culturales que favorezcan y posibiliten el buen trato.

que sostienen las teorías primarias con respecto a la materia de que se trate (Gee, 2005, pág: 31)
Teoría primaria: Aquella derivada de la investigación primaria, que es la que se deriva del pensamiento y la investigación acerca de las generalizaciones que incluye una teoría. Estas investigación puede desarrollarse mediante el diálogo, escuchando o leyendo, diversas formas de pensamiento e investigación originales. (Gee, 2005, pág: 31)
Teoría derivada: Aquella teoría defendida por una persona que desconoce las generalizaciones que sirven de fundamento a una creencia social, pero cree que otros (“expertos”) conocen las generalizaciones apropiadas en las que se basa la creencia. (Gee, 2005, pág: 32)

La parentalidad es el primer nivel para examinar la fuente de los buenos tratos infantiles. Así estudios sobre la salud mental infantil muestran el papel central de una familiaridad sana para el desarrollo de recursos que permiten a los niños hacer frente a los desafíos de su crecimiento, incluyendo las experiencias adversas que les puede tocar vivir.

Ha sido ampliamente demostrada la afectación de los niños víctimas de maltrato intrafamiliar en aspectos trascendentales de su crecimiento (Rygaard, 2008). Podríamos organizar un análisis de su afectación atendiendo a tres elementos: la afectación de su estilo de apego, la alteración de su desarrollo, la existencia de trauma.

Al abordar la afectación de su estilo de apego nos referimos fundamentalmente a la imposibilidad que se encuentran estos niños de generar un modelo de apego seguro, que permita generar estilos de relación funcionales con los demás en un futuro.

La afectación mayor de los estilos de apego, es aquella que desemboca en la adopción de un apego desorganizado, que comprometerá al joven en su capacidad de relación con los demás basada en la confianza. El chico o la chica con apego desorganizado estará afectado por una percepción del otro con sesgos hostiles, dando lugar a reacciones de agresividad de tipo reactivo.

Un estilo de apego desorganizado provocará un bajo nivel de autocontrol, reactividad frente a la frustración, bajo control emocional, respuestas conductuales agresivas, etc. (Fonagy et al., 1997).

Las alteraciones en el desarrollo, afectarán a las distintas áreas: cognitivo, emocional, sexual, moral, etc. En referencia al tema que nos ocupa, podemos relacionar que una alteración en el desarrollo moral de los niños

víctimas de maltrato familiar, pudiese estar relacionado con la comisión de delitos, en tanto altera la capacidad empática, la percepción de la norma, etc.

Aunque la presencia de maltrato intrafamiliar, deberá ser tenida en cuenta a la hora de comprender la comisión de delitos por jóvenes, es también necesario abrir el foco explicativo e incluir la colectividad como responsable de procurar buenos tratos a la infancia.

El papel nocivo de los entornos sociales afectados por carencias, resultado de la pobreza y la exclusión social, son generadores sin duda, de una gran cantidad de deficiencias en el desarrollo de los niños. Por otra parte, también se insiste en que los entornos caracterizados por la acumulación de riquezas materiales corran el riesgo de transformar las relaciones familiares y sociales en meros formalismos que privan a los niños de la afectividad y el apoyo social que necesitan para crecer sanamente. (Barudy, 1998; Barudy y Dantagnan, 1999).

En lo que se refiere a contextos políticos, el actual modelo económico neoliberal globalizante, impuesto por las clases dominantes en todos los países, se hace sentir en el niño, en la familia y en la comunidad, y supone la existencia de un modelo de crianza basado en la concepción del niño como objeto de consumo (consumistas precoces), con un alto nivel de libertinaje infantil al limitarse el acceso al acompañamiento adulto, y un control social mediante la alienación (pensamiento único).

El buen funcionamiento de todos estos niveles: el microsistema familiar, el exosistema o la comunidad y el macrosistema, han de funcionar para procurar un contexto capaz de generar buen-trato para la infancia, lo que sin duda repercutirá en una mejor integración de los individuos jóvenes, y disminuirá las

situaciones de marginalidad y exclusión. La delincuencia juvenil es, desde esta concepción amplia de los buenos tratos a la infancia, uno de los síntomas más alarmantes de la existencia de situaciones de exclusión y marginación, generadas por contextos ausentes de buen-trato.

Por último, debemos de reflexionar en qué modo afecta esta percepción de la delincuencia juvenil como consecuencia de la ausencia buenos tratos, a la función del educador social. Si concebimos las distintas experiencias de riesgo vividas por el chico, como situaciones vitales desafiantes ante las cuales la comisión de delitos ha sido una respuesta adaptativa, el educador social enfocará su tarea en proporcionar experiencias que permitan la resiliencia de estas circunstancias adversas.

Entendemos por resiliencia: “*la capacidad humana para hacer frente a las adversidades de la vida, superarlas y salir de ello fortalecido o incluso transformado*” (Arguello, 1999).

Entre los elementos del contexto que fomentan procesos resilientes ha sido claramente identificada la importancia de disponer de una presencia de una relación preocupada (Cyrulnik, 2005). La presencia de, al menos, una persona adulta que se preocupa por el chico, que lo acepta no importando lo difícil que sea su comportamiento, implica poseer una relación social preocupada. Este adulto puede ser uno de los padres u otro adulto (por ejemplo el profesor, la abuela, el padre de un amigo).

En el contexto que nos ocupa, podríamos decir que para lograr el propósito de la ley penal del menor, el educador social tiene la posibilidad de ofertar una relación social preocupada, que fomente procesos resilientes en los chicos y chicas con los que se relaciona, buscando más que reeducar, ayudar a resiliar aquellas experiencias de maltrato que originaron la conducta delictiva.

REFERENCIAS

- Arguello, N (1999). Taller virtual del Piinfa (http://child-abuse.com/childhouse/workshops/Open/TALLER_VIRTUAL_DEL_P/56.html) consultado el 12-12-2011.
- Barbero Sarzabal, G. (2005). *Maltrato en la infancia y delincuencia. Una carrera posible. El impacto del maltrato infantil en las conductas delictivas*. Mendoza: Ediciones Jurídicas Cuyo.
- Barudy, J. (2000). *Maltrato Infantil. Ecología Social: Prevención y reparación*. Santiago de Chile: Ed. Galdoc.
- Barudy J. y Dantagnan M. (2005). *Los Buenos tratos a la Infancia: Parentalidad, apego y resiliencia*. Barcelona: GEDISA.
- Barudy J. y Dantagnan M. (2010). *Los desafíos invisibles de ser madre o padre. Manual de evaluación de las competencias parentales*. Barcelona: GEDISA.
- Fonagy P.; Target M.; Steele M. et al. (1997). Morality, disruptive behaviour, borderline personality disorders, crime and their relationship to attachment. En L. Atkinson y D. Zucker (eds.): *Attachment and psychopathology*. New York: Guildford Press, pp. 223- 274.
- Lyons-Ruth K; Alpern L; Repacholi B. (1993). Disorganized infant attachment classification and maternal psychosocial problems as predictors of hostile-aggressive behaviour in the pre-school classroom. *Child Development*. 64, 572-585.
- Rygaard, N.P. (2008). *El niño abandonado. Guía para el tratamiento de los trastornos del apego*. Barcelona: Gedisa.